

Un teatro para el futuro

**MAURO
ARMIÑO**

Es sin duda ninguna, el acontecimiento teatral del año: un teatro de nueva planta; mientras en Madrid se deshacen, cierran y venden los locales de teatro, el 11 de septiembre —la Diada catalana— se estrenará en Barcelona, el Teatre Nacional de Catalunya, cuyas obras se rematan estos meses. Ya ha abierto sus puertas, al menos las de servicio, para presentar al público desde noviembre de 1996, en el espacio diseñado como Sala de Ensayo, una obra de Tony Kushner, *Angels in America*.

25.000 metros cuadrados de superficie edificada, 6.000 de ellos destinados a talleres, dos patios de butacas que acogerán a cerca de 1.500 espectadores (mil de ellos en la sala grande), una dotación técnica que figura a la cabeza de lo que está haciéndose en Europa; un escenario, el de la sala principal, con 189 metros de boca y 16 de fondo, con unos hombros de 16 x 16 metros y una chácena de 8 x 16, mientras el peine se sitúa a 30 metros de altura de un escenario dotado de tres plataformas (de 14 x 20) que tienen un recorrido hacia el fondo de 5 metros. La segunda sala, polivalente y con gradas telescópicas que se mueven a motor, y peine de 8 metros, ocupa un hueco de 28 x 32. Y dejo de

TEATRO

lado otras características puramente numéricas y técnicas: más de medio centenar de barras motorizadas de 500 kilos, de velocidad variable de 0-1,2 metros cuadrados por segundo, motores puntuales de velocidad fija, barras laterales, etc., por su excesivo carácter técnico.

Esto es, en forma sumaria, el nuevo Teatro Nacional de Cataluña puesto en las manos de Josep Maria Flotats, que ha bregado durante catorce años para

conseguir levantar en la Plaza de las Artes el proyecto más ambicioso que se ha hecho en cultura en los últimos cincuenta años en España. Pero el proyecto no se queda en el edificio: es, además, una “idea” de lo que debe ser un teatro público, de lo que deben aportar la escena y los oficianes del teatro a la cultura de un país. Y en este punto, cuando más cerradas están las entendederas —y la bolsa— de los políticos, Flotats ha conseguido rematar un proyecto que, desde luego, se fue larvando en otra época, en el momento en que despertaba el país a la democracia y todo estaba por hacer: la idea de un teatro “nacional” para Cataluña abrió entonces los oídos y ayudó a la colaboración entre el Ayuntamiento de Barcelona (Partido Socialista) que cedió los terrenos, y Convergencia y Unión, que desde el poder en la Generalidad ha venido arbitrando todos los años el presupuesto para afrontar un gasto total de 8.500 millones de pesetas.

Era el Teatro Nacional de Cataluña, y es, desde un principio, mucho más que una sala, mucho más que un escenario: era y es un proyecto político que exigía, por encima de cualquier otro valor, artístico, técnico o del tipo que fuera, la complicidad, tan precaria y en la mayoría de las ocasiones tan difícil cuando se trata de cultura, de las fuerzas políticas. A trancas y barrancas, Flotats la ha conseguido, para abrir esa puerta de servicio de la Sala de Ensayo en noviembre, aunque en

principio el Teatro Nacional de Cataluña iba a inaugurarse en 1992. Pero, con el telón a punto de alzarse, con el proyecto hecho realidad, no tiene mucho sentido insistir en las tardanzas: las dos edificaciones grandiosas —teatro y talleres—, con sus puertas enfrentadas por la espalda del edificio principal para hacer los decorados en los talleres y trasladarlos directamente al escenario —están ahí.

No ha sido fácil, porque el proyecto ha tenido, a lo largo de estos catorce años, su inevitable séquito de polémicas de todo tipo: políticas, gremiales, tiras y aflojas del presupuesto, etc. Lo consabido en estos casos, que se ha centrado de forma especial en el autor del proyecto, este actor, el mejor sin ninguna duda que pisa nuestros escenarios, que se llama Josep Maria Flotats: nacido en Barcelona en 1939, a los veinticinco años estudió arte dramático en Estrasburgo, para trabajar luego en París con directores que son, en buena parte, la clave de la dirección escénica de la segunda mitad del siglo en Europa: desde Jean-Louis Barrault a George Wilson o Jorge Lavelli. Pensionista de la Comédie Française, participó en el arranque del Teatro Lliure barcelonés y, con la democracia, se instaló en Barcelona, en el Teatro Poliorama: en ese escenario se han visto varias actuaciones impresionantes de este actor (*Cyrano de Bergerac*, *Per un si, per un no*, de Nathalie Sarraute) que no dudó en ir tomando la batuta de la dirección, por ejemplo en *El despertar de la*

primavera, de Franz Wedekind, y en la obra inaugural de la Sala de Ensayo, ese *Angels in America* de Tony Kushner.

Pero Flotats, que abrirá el escenario con una pieza catalana de Santiago Rusiñol — se tradujo como *Las aleluyas del señor Esteban*— y seguirá con una *Gaviota* de Chejov dirigida por él, pretende desarrollar una “idea” de teatro público en la que participan Maragall desde la alcaldía barcelonesa y Jordi Pujol desde la

Generalidad, y que tiene que ver poco con el concepto de cultura pública dominante en el neoliberalismo económico que defiende el Gobierno. Para Flotats, un teatro público está obligado a mantener la tradición y renovarla, debe cumplir un servicio público cultural al mismo nivel que un hospital o el transporte.

“En una sociedad que tendría que ser, o que se dice que es desarrollada, avanzada y con unos conceptos culturales progresistas, este servicio público ofrece a toda la ciudadanía uno de sus derechos: el acceso a esta parte de la cultura y de la tradición que es el teatro. Hoy en día, un determinado tipo de teatro exige unos medios que ninguna producción privada puede asumir, a menos de poner las entradas a diez mil pesetas como mínimo; y si un teatro público ofrece espectáculos con calidad y actores a un precio entre dos mil y tres mil pesetas, la ayuda pública va directamente a cada espectador que acude a verlo. Y esas personas que no van al teatro por que no les gusta o porque no les interesa y se preguntan por qué ha de gastarse el dinero público en algo que sólo divierte a unos pocos, también podrían decir que no quieren que su hijo vaya a la escuela gratuita, que es pública: se trata de que, quien lo desee, pueda ir, y todo el mundo contribuye, desde los impuestos, a esa difusión cultura pública, lo mismo que quien paga el seguro de enfermedad y nunca está enfermo y ni siquiera se compra una aspirina entiende

perfectamente que debe contribuir. Y dejo a un lado que la Constitución impone al estado la obligación de procurar y preocuparse de la cultura: mi idea va más allá: si la Constitución no lo dijese, me pelearía igual por conseguirlo”.

Son tres los puntos de partida del Teatro Nacional de Cataluña, condenado por principio a cumplir un cometido de servicio público: compañía, repertorio y alternancia. Para hacer un trabajo continuado, Flotats espera contar con un grupo de actores fieles a un sistema de trabajo, de interpretación, de tendencias teatrales, a los que también el TNC ha de ser fiel, dado que trabajan y tienen un concepto y un estilo de teatro que es el del proyecto. El TNC atenderá a la formación de actores en toda la dimensión de este término: es una ética de vida, una ética de oficio, de rigor y dignidad del oficio de actor, y en este punto Josep Maria Flotats ya adelantó, desde el Poliorama, un esbozo. Eso no quiere decir que un grupo de actores sea definitivamente estable y de por vida dentro del Teatro Nacional, pero sí lo más regular posible. En segundo lugar, está el repertorio universal como base de la programación, y que en los países de la Europa desarrollada es el que ponen en escena los teatros nacionales: los grandes clásicos: Shakespeare, Chejov, Strindberg, Goldoni, etc.

Por último, la alternancia, concepto francés, cuyo significado debe traducirse: equivale a diversificación y

difusión de la programación con varias compañías de actores, que

TEATRO

harán giras en catalán y castellano, y no echarán raíces eternas en el Teatro Nacional: de este modo, los actores pueden practicar en distintos niveles e ir mejorando su formación, porque, dentro del TNC, una de las piezas básicas es un proyecto pedagógico que, en función del presupuesto, saldrá de la profesión propiamente dicha para tratar de entrar en contacto con

las escuelas, elaborar programas conjuntos de formación, etc.

Nunca en España ha habido un proyecto de tanta envergadura en teatro; nunca se habían gastado los poderes públicos tanto dinero, y nunca se había puesto en manos de un actor que ofrece garantías fiables el cometido de hacer realidad una idea que, hace catorce años, sólo era un sueño en su cabeza. Muchos sospechamos entonces que, más que un sueño, era una quimera: era un sueño de Flotats en el que, ahora, todos estamos embarcados.